

que la Madona del Correggio. Entendióla Osvaldo, y se admiró de todo lo que significaba aquella palabra; la miró un poco sin responder, y luego le dijo: — La Sibila no da ya oráculos; su genio, su habilidad todo acabó; pero la figura angelical del Correggio conserva todos sus atractivos, y el hombre desgraciado que hizo tanto daño á una, no será nunca infiel á la otra. — Acabando estas palabras, se selió para encubrir su turbacion.

LIBRO VIGÉSIMO

CONCLUSION

CAPITULO I

Despues de lo sucedido en la galería de Bolonia, comprendió Osvaldo que Lucila sabia mas que él pensaba de sus relaciones con Corina, y por fin le ocurrió la idea de que su tibieza y su silencio procedian quizá de alguna pena secreta; mas no obstante, esta vez fué él quien temió la explicacion que hasta entónces habia recelado Lucila. Dicha la primera palabra, ella lo revelara todo, si quisiera lord Nelvil; pero érale demasiado trabajoso hablar de Corina al punto de verla otra vez, ligarse con una promesa; en fin tratar de un asunto tan propio para alterarle, con una persona que siempre le causaba cierta sujecion, y cuyo carácter apénas conocia.

Atravesaron los Apeninos, y á la otra parte hallaron el hermoso clima de Italia : el viento de mar, tan abrasador en el verano, derramaba entónces un calor suave; estaban verdes los céspedes; y aun casi no espiraba el otoño, y ya se veian anuncios de primavera. Encontrábanse en los mercados frutas de todas especies, naranjas, granadas; empezábase á oír la lengua toscana, y envolvian al alma de Osvaldo todas las memorias de la hermosa Italia; pero ninguna esperanza se mezclaba con ellas, y en todas sus sensaciones no habia mas que pasado. El ambiente dulcísimo del mediodía influia tambien en la disposicion de Lucila; habria tenido mas viveza y mas confianza si la animara lord Nelvil; pero á los dos detenía igual timidez, é inquietos de su mutua disposicion, no se atrevian á comunicarse lo que pensaban. Corina en semejante caso hubiera sabido al momento el secreto de Osvaldo y el de Lucia; mas ambos tenían la misma especie de reserva, y cuanto mas se parecian por esta parte, mas difícil era saliesen de la situación violenta en que se encontraban.

CAPITULO II

Al punto que llegaron á Florencia, escribió lord Nelvil al príncipe de Castel-Forte; y á pocos instantes entró el príncipe en su aposento. Osvaldo se alteró tanto al verle, que en mucho tiempo no pudo hablar; por fin le pidió noticias de Corina. — No puedo deciros, respondió el príncipe de Castel-Forte, sino cosas tristes, su salud es malísima, y cada dia se debilita mas. No ve á nadie, y suele serle muy difícil ocuparse; con todo, me parecia algo mas serena cuando supimos vuestra llegada á Italia: y no puedo negároslo, esta nueva la ha conmovido tanto, que le ha vuelto la calentura; pero ignoro cuál es su intencion respecto de vos, porque evita cuidadosamente pronunciar vuestro nombre. — Tened la bondad, príncipe, repuso Osvaldo, de mostrarle la carta que os escribí cinco años hace; contiene toda la relacion de las circunstancias que me impidieron saber su viaje á Inglaterra ántes de dar la mano á Lucila; y despues que la lea, pedidle me reciba: necesito hablarle para justificar, si es posible, mi conducta; he menester su aprecio, aunque ya no debo aspirar á su cariño. — Cumpliré vuestros deseos, milord, dijo el príncipe de Castel-Forte; desearia le hiciérais algun bien.

Lady Nelvil llegó en aquel instante; presentóle Osvaldo el príncipe de Castel-Forte; y ella le recibió con bastante frialdad; mas él la miró atentísimamente, porque sin duda le admiró su hermosura, puesto que suspiró pensando en Corina, y se fué. Lord Nelvil salió en pos de él. — Lady Nelvil es preciosa, dijo el príncipe de Castel-Forte, ¿qué juventud, qué frescura! Mi pobre amiga no tiene ya nada de esa lozanía; empero no debéis olvidar, mi lord, que también estaba muy brillante cuando la primera vez. — No lo olvido, no, exclamó lord Nelvil; no, no me perdonaré nunca... y se detuvo sin poder acabar lo que quería decir. — El resto del día pasó tristemente y callando: Lucila no intentó distraerle, y lord Nelvil estaba ofendido de que no lo intentara, diciendo dentro de sí mismo: — Si Corina me hubiera visto triste, Corina me habría consolado.

Al día siguiente le llevó muy temprano su cuidado á casa del príncipe de Castel-Forte. — Pues, le dijo, qué ha respondido? — No quiere veros, contestó el príncipe de Castel-Forte. — ¿Y en qué se funda? — Fui ayer á su casa, y la encontré agitada en términos que daba mucha compasión. Paseábase apresuradamente por su aposento, á pesar de su extremada flaqueza; y á veces sucedía á su palidez un vivo rubor, que al punto se disipaba. Díjela deseábais verla; calló algunos instantes, y por fin me dijo estas palabras, que os repetiré con fideli-

dad, supuesto lo exigís. — *Ese hombre me ha hecho demasiado daño: el enemigo que me hubiera arrojado en una prision, desterrado y proscrito, no habria despedazado mi corazon tanto. He padecido lo que nadie padeció jamas, una mezcla de enternecimiento y de exasperacion, que convertia mis pensamientos en un suplicio continuo. Osvaldo me inspiraba igual entusiasmo y amor. Bien debe acordarse; una vez le dije que me costaria mas dejar de admirarle, que cesarle de amar: ha desfigurado el objeto de mi culto, me ha engañado, con voluntad ó sin ella; no importa, no es quien yo pensaba. ¿Qué ha hecho en mi favor? Disfrutó cerca de un año de mi pasion; y cuando llegó el momento de defenderme, cuando fué menester manifestar su alma con una accion, ¿la hizo? ¿puede gloriarse de un sacrificio, de un impulso generoso? Ahora es feliz, posee todos los bienes que el mundo estima, y yo me muero: déjeme en paz.*

Esas palabras son harto duras, dijo Osvaldo. — Está exasperada por el dolor, respondió el príncipe de Castel-Forte; muchas veces la he visto mas sosegada; muchas veces, permitidme decíroslo, os ha defendido contra mí. — Os parezco, pues, muy culpado, repuso lord Nelvil. — Me permitís decíroslo? dijo el príncipe de Castel-Forte, me lo pareceis mucho. Los agravios hechos á una mujer no perjudican en el concepto de las gentes: esos ídolos frágiles, adorados hoy, pueden romperse mañana, sin

que nadie quiera defenderlos, y por eso mismo los respeto mas; porque la moral, en esta parte, no tiene mas defensa que nuestro propio corazon. No se nos sigue inconveniente alguno de hacerles mal, y sin embargo este mal es cruel: las leyes castigan una puñalada, y el desgarrar un corazon tierno solo mueve una burla; mejor fuera dar la puñalada. — Creedme, respondió lord Nelvil, tambien yo he sido muy desgraciado, y esta es mi única disculpa; pero en otro tiempo la habria Corina entendido. Puede ser que ahora le parezca ya vana; mas sin embargo, quiero escribirle; y creo que por medio de cuanto nos separa escuchará la voz de su amigo. — Le entregaré vuestra carta, dijo el príncipe de Castel-Forte; pero os lo ruego, no la aflijais; no sabeis lo que aun sois para ella. Cinco años hacen una impresion mas profunda, cuando no distrae ninguna idea: ¿quereis ver en qué estado se encuentra ahora? un capricho extraño, de que mis ruegos no han podido disuadirla, os hará comprenderlo.

Acabando estas palabras, abrió el príncipe de Castel-Forte la puerta de su gabinete, y lord Nelvil entró con él. Vió allí desde luego el retrato de Corina, cual se presentó en el primer acto de Julia y Romeo, aquel dia en que se habia sentido mas arrebataado de su amor. Embellecia todas sus facciones un aire de confianza y de felicidad; y todas las memorias de aquellos tiempos de alegría se despertaron juntamente en la imaginacion de lord Nelvil;

hallaba placer en entregarse á ellas, cuando le cogió el príncipe de Castel-Forte de la mano, y descorriendo una cortina de gasa que ocultaba otro cuadro, le enseñó á Corina, cual se habia querido retratar aquel año, vestida de negro, copiando el traje que siempre llevaba desde su vuelta de Inglaterra. Acordóse de improviso Osvaldo de la impresion que le habia causado una mujer vestida de aquella manera, al divisarla en Hydepark; pero lo que le sobrecogió particularmente fué la increíble mudanza del rostro de Corina: pintábanla pálida como la muerte, medio cerrados los ojos, y sus largas pestañas cubrian sus miradas y extendian una sombra sobre sus mejillas sin color. Al pié del retrato estaba escrito este verso del *Pastor Fido*:

Appena si può dir: questa fu rosa (1).

— ¡Cómo! dijo lord Nelvil, ¿está ahora así? — Está así, respondió el príncipe de Castel-Forte, y hace quince dias, peor. Oyendo estas palabras, se salió lord Nelvil como un insensato; turbaba su razon el exceso de su pena.

(1) Puede apénas decirse: fué una rosa.

CAPITULO III

De vuelta á su casa se encerró en su aposento todo el dia. Lucila llegó á la hora de comer á llamar poco á poco á su puerta; abrió, y la dijo: — Querida Lucila, permitidme estar solo hoy; no lo lleveis á mal. Volvióse Lucila hácia Julieta, á quien tenia por la mano, la abrazó, y fué sin decir mas palabra. Lord Nelvil cerró su puerta otra vez, y se acercó á la mesa donde estaba la carta que escribia á Corina; pero dijo entre sí, derramando lágrimas: — ¿Será posible haga padecer tambien á Lucila? ¿A qué es mi vida, si cuantos me aman son para mí desgraciados?

CARTA DE LORD NELVIL A CORINA.

« Si no fuéreis la criatura mas generosa del mundo, ¿qué tendría que deciros? Podeis confundirme con vuestros baldones, y lo que es mas horroroso todavía, despedazarme con vuestro dolor. ¿Soy un monstruo, Corina, pues hice tanto daño á mi amada? ¡Ah! padezco con harto extremo, para creerme del todo bárbaro. Sabéislo, cuando os conocí me hallaba agobiado del pesar que me seguirá hasta el sepulcro; no esperaba felicidad, y luché mucho

tiempo con la pasión que me inspirábais; y cuando por fin me venció, siempre conservé dentro de mi alma un sentimiento de tristeza, presagio de una suerte desventurada. Ora pensaba érais un beneficio de mi padre, que velaba por mi destino en el cielo, y queria fuese aun amado en esta tierra, como él me amó durante su vida: ora creia desobedecer á sus voluntades dando la mano á una extranjera, y apartándome de la senda señalada por mis obligaciones y mi situación. Cuando volví á Inglaterra, prevaleció este último sentimiento en mí, sabiendo que mi padre habia desaprobado de antemano mi cariño á vos. Si hubiera vivido, creyérame con derecho para luchar, en este punto, contra su autoridad; pero los que fueron no pueden ya oirnos, y su voluntad sin vigor tiene un carácter tierno y sagrado.

» Halléme otra vez en medio de las costumbres y de los vínculos de la patria; vi á vuestra hermana, á quien mi padre me destinaba, y tan propia para satisfacer la necesidad del descanso, y el proyecto de una vida arreglada. Mi carácter tiene cierta debilidad que me hace temible todo cuanto agita la existencia; seducen mi entendimiento las esperanzas nuevas; mas he padecido tantas penas, que mi alma enferma teme exponerse á conmociones demasiado violentas, ó á resoluciones que necesiten lidiar con mis memorias, ó con los cariños que nacieron á la par de mi corazón. No obstante, Corina, si hubiese sabido vuestra llegada

á Inglaterra, jamas me separara de vos, porque esta prueba portentosa de cariño habria arrebatado mi ánimo vacilante. Mas ¿para qué decir lo que hubiera hecho? ¿Seríamos dichosos, soy capaz de serlo? ¿Podia, siempre incierto por naturaleza, escoger una suerte, aun la mas hermosa, sin acordarme de otra con pesar?

» Cuando me volvisteis la libertad me irrité contra vos, y caí en la idea que los hombres en general deben formar al veros : dije para mí que una criatura tan superior me olvidaria con facilidad. Lo sé, Corina, he despedazado vuestro corazon, pero juzgaba me sacrificaria yo solo ; pensaba ser ménos capaz que vos de consuelo, y que me olvidaríais miéntras lloraba sin cesar vuestra pérdida. En fin, me aprisionaron las circunstancias, y no lo niego tampoco, Lucila merece los sentimientos que me inspira, y aun mas ; pero apénas supe vuestro viaje á Inglaterra, y la desgracia que os causé, ya fué mi vida una pena continua. Busqué la muerte por espacio de cuatro años, en medio de la guerra, seguro de que sabiendo mi fin, me hallaríais justificado : vos, es verdad, podeis oponerme una vida de pesares y de dolores, una fidelidad invariable á un ingrato que no la merecia ; pero acordaos que el destino de los hombres se complica con mil relaciones diferentes que alteran la constancia del corazon. No obstante, si es cierto que no pude encontrar ni dar la felicidad ; si es cierto que vivo solo desde que os

dejé, si jamas hablo del centro de mi corazon ; si la madre de mi hija, á quien por tantos títulos debo amar, vive ignorando mis secretos y mis pensamientos ; si mi estado habitual de tristeza me ha sumido otra vez en la enfermedad de que me sacaron otro tiempo vuestros cuidados ; si vengo á Italia, no para curarme, bien sabeis no amo la vida, sino para deciros adios ; ¿ rehusaríais verme una vez, una vez no mas ? Lo deseo, porque me parece os haria bien, y no es la causa mi propio dolor : ¿ qué importa que yo sea desgraciado ! ¿ qué importa oprima eternamente mi corazon un peso horroroso, si me voy sin hablaros, y sin lograr me perdoneis ! Es fuerza padezca, y padeceré ; pero se me antoja que vuestro pecho se aliviaria si pudiéseis pensar en mí como en vuestro amigo, si viéseis cuanto os amo, si lo hubiéseis conocido en estas miradas, en este acento de Osvaldo, de este delincuente, cuya suerte ha mudado mas que su corazon.

» Respeto mis vínculos, y amo á vuestra hermana ; pero el corazon del hombre, extraño é inconsecuente, cual es, puede contener este cariño junto con el que vos me inspirais. Nada tengo que decir á propósito para escribirse ; cuanto se ha de explicar es en contra mia : pero si me viéseis postrado delante de vos, advertiríais por entre todos mis agravios y todos mis deberes, lo que aun sois para mí, y esta conversacion os dejaria un suave recuerdo. ¡ Ay ! la salud de los dos es muy débil, y no creo que el

cielo nos destine una vida larga. ¡Que el primero que espire se sienta llorado y querido del amigo que deja en este mundo! solo el inocente debiera tener este deleite; pero, ¡ay! ¡concédase también al culpado!

» Corina, sublime amiga, vos que leéis los corazones, adivinad lo que no acierto á decir; entendedme cual me entendíais, permitidme veros, consentid que mis pálidos labios lleguen á vuestras manos sin vigor; ese mal no le he hecho yo solo; la misma pasión nos consumió á ambos; y el destino ha herido dos seres que se amaban; pero ha abandonado á uno de los dos al delito; y quizá, Corina, no es el ménos digno de lástima. »

RESPUESTA DE CORINA

« Si no fuera menester para veros, mas que perdonaros, no lo habria rehusado un momento: ignoro por qué no tengo ningun enojo contra vos, si bien me hace estremecer de espanto el dolor que me habeis causado; y es fuerza os ame para no aborreceros, pues la religion sola no bastaria para sosegar me de esta manera. He tenido ratos en que se perdía mi razon; otros, los mas agradables, en que creí morir ántes de acabarse el dia por el terrible agobio que oprimia mi pecho; otros en fin, en que dudé de todo, hasta de la virtud; vos érais para mí su imágen en la tierra, y ya me encontraba sin guía

para mis ideas, ni para mis sentimientos, cuando el mismo golpe heria en mí la admiracion y el amor.

» ¡Qué fuera de mí sin el auxilio del cielo? cuanto hay en este mundo está envenenado con vuestra memoria; solo me quedaba un asilo dentro de mi alma, y Dios me ha recibido en él. Mis fuerzas físicas van decayendo; pero no el entusiasmo que me sostiene: hacernos dignos de la inmortalidad, gústame crearlo, es el fin único de la existencia; ventura, dolores, todos son medios para este fin; y vos fuisteis escogido para separar mi vida de la tierra; uníame á ella un vínculo demasiado fuerte.

» Al saber vuestra llegada á Italia, al ver de nuevo vuestra letra, al oír estábais ahí á la orilla opuesta del rio, sentí un arrebato espantoso en mi alma: fuéme preciso acordarme que mi hermana era esposa vuestra para oponerme á lo que sentia; y no os lo niego, me parecia una felicidad veros, y una conmocion inexplicable que mi corazon embriagado otra vez, preferia á siglos de serenidad; mas la Providencia no me abandonó en este riesgo. ¿No sois esposo de otra? ¿Qué podia, pues, tener que decir? ¿Érame lícito morir en vuestros brazos? ¿y qué me quedaba para mi conciencia, si no hacia ningun sacrificio, siquiera también el postrer dia y la hora postrera? Ya compareceré delante de Dios, acaso con mas confianza, pues supe renunciar á veros; sosegará mi alma esta gran resolucion. La felicidad, cual la sentí cuando me amábais, no concuerda con

nuestra naturaleza; agita, inquieta, y ¡está tan próxima á pasar! Pero una plegaria habitual, una meditacion religiosa, cuyo fin es perfeccionarse y decidirse en todo por lo que dicta la obligacion, es un estado agradable; y no puedo saber qué estrago causaria en esta vida de descanso, que presumo haber conseguido, solo el acento de vuestra voz. Me habeis hecho mucho mal con decirme que padece vuestra salud: ¡ah! ya no soy yo quien cuida de ella; mas aun soy quien padece con vos. ¡Bendiga Dios, milord, vuestra vida; ¡sed venturoso, pero sedlo por piedad! Una comunicacion secreta con la divinidad, parece pone dentro de nosotros mismos al ser que se confia, y á la voz que responde; hace dos amigos de un alma sola. ¿Buscareis todavía lo que llaman felicidad? ¡Ah! ¿encontrareis otro cariño mayor que el mio? ¿Sabeis que en los desiertos del nuevo mundo habria bendecido mi suerte, si me permitiérais seguiros? ¿Sabeis que os habria servido como una esclava? ¿Sabeis que me hubiera postrado delante de vos, como delante de un enviado del cielo, si me amárais fielmente? Y qué habeis hecho de tanto amor? ¿qué hicisteis de este afecto sin igual en el mundo? Una desgracia sin igual como él. No pretendais ya, pues, ser feliz; no me ofendais creyendo todavía conseguirlo. Rogad, como yo, rogad; y encuéntrense nuestros pensamientos en el cielo.

» No obstante, cuando ya me sienta del todo

próxima á mi fin, quizá me pondré en algun sitio para veros pasar. ¿Por qué no lo he de hacer? Sin duda cuando se nublen mis ojos, cuando ya no vea nada en lo exterior, se me aparecerá vuestra imagen. ¿Y no seria mas clara esta ilusion si os hubiese visto otra vez? Las divinidades, entre los antiguos, nunca presenciaban la muerte; yo os alejaré de la mia; pero deseo un recuerdo reciente de vuestras facciones que aun se represente á mi alma desfallecida. Osvaldo, Osvaldo, ¿qué os he dicho? Ya veis lo que soy, cuando me entrego á vuestra memoria.

» ¿Por qué Lucila no ha deseado verme? es vuestra esposa, mas tambien es mi hermana; tengo palabras dulces y aun generosas que decirle. ¡Y vuestra hija, por qué no me la traen? No debo veros; pero os rodea mi familia; ¿me desconoce? ¿Temen que la pobre niña Julieta se entristezca de verme? Es verdad, parezco una sombra; mas con vuestra hija sabré todavía sonreirme. Adios, milord, adios; acordaos que pudiera llamaros mi hermano; pero seria porque sois esposo de mi hermana. ¡Ay! á lo ménos llevareis luto por mi muerte, y asistiréis á mis exequias como pariente. Mis cenizas se trasladarán desde luego á Roma; haced pasar mi féretro por el camino que recorrió otro tiempo mi carro triunfal, y descansad en aquel mismo sitio donde me volvisteis mi corona. No, Osvaldo, no, hago mal: no quiero afligiros en nada; solamente quiero una